

Hernán Larraín Matte

LA DERECHA LIBERAL SÍ EXISTE

Una
crónica
personal

Ariel

**LA DERECHA
LIBERAL
SÍ EXISTE**

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2025, Hernán Larraín Matte
Derechos exclusivos de edición
© 2025, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

Diseño de portada: Isabel de la Fuente
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición: mayo de 2025

Inscripción N°: 2025-A-2211
ISBN: 978-956-9948-76-3

Impreso en:

HERNÁN LARRAÍN MATTE

LA DERECHA LIBERAL SÍ EXISTE

Una crónica personal

Ariel

Prólogo

He leído con entusiasmo y alegría el texto que el lector tiene ante sus ojos. Es una bocanada de aire fresco en un momento político del país, que deja mucho que desear. Es cierto que hace algunos años el escenario era aún más negativo. Los recuerdos que hace Hernán de esos momentos, como un actor central de lo que el país vivió, lo dejan muy en claro. Con todo, la calidad del debate no ha mejorado demasiado, y la amistad cívica sigue muy deteriorada, aunque el riesgo de una polarización tormentosa parece haber amainado. Pero la petición de la población por acuerdos y proyectos nacionales compartidos todavía no se escucha demasiado. Y estamos en un escenario político bastante inédito, que no ayuda a despejar demasiado las incertidumbres. No sorprende, entonces, que las expectativas de la población respecto del futuro estén más bien en terreno negativo. Con todo, se vislumbra el ánimo en distintos actores de dejar atrás lo que ha sido un período confuso, complejo y poco enaltecedor de la vida política del país. Pero avanzar en esta dirección supone atreverse a plantear proyectos políticos desafiantes, que busquen tomar posición y proyectarse al futuro. Esto es lo que consigue muy bien el libro que estoy prologando. Hay que partir, entonces, felicitando a Hernán

por su arrojo y disposición a enfrentar, con mucha altura de miras, este desafío.

Estamos frente a un texto breve, pero no por ello carente de profundidad. La tiene y mucha. Se deja leer rápido, fluyendo armónicamente por los últimos lustros del devenir político nacional. Su lectura entretiene, no solo por las anécdotas que incluye, sino porque describe los hechos políticos de los que ha sido testigo con agudeza y franqueza. El autor expresa aquí pinceladas de su historia intelectual, pero sobre todo un profundo amor por Chile y su aspiración de construir desde la política una patria mejor para todos los que habitan sus fronteras. Hernán Larraín ha ocupado en las dos últimas décadas posiciones relevantes. Esta amplitud de tareas le ha permitido desarrollar una perspectiva novedosa respecto de los cambios políticos, culturales, sociales y económicos que han sucedido en el país en el último tiempo.

Indudablemente se aproxima a ellos desde sus propias convicciones: la creencia de que el liberalismo tiene un papel importante que jugar en los destinos del país. Pero esa creencia parte de una afirmación dolorosa: las dificultades que ha experimentado su partido para darle sustento a esa agenda y la poca receptividad que han encontrado sus ideas en amplios sectores de la política y de la ciudadanía. Por cierto, hay momentos en que la influencia de la derecha liberal, como la llama Hernán, se dejó sentir. Quizás nunca tanto como en plena crisis política en octubre y noviembre de 2019, en la que dos de sus principales figuras, a pesar de ser el partido más pequeño de la coalición, ocuparon los ministerios de Interior y de Hacienda. Pero a un costo altísimo, como el propio autor reconoce. El clima de

ese entonces no era el propicio para desplegar la agenda que venían promoviendo desde su fundación. Con todo, acompañaron e influyeron la estrategia institucional por la que optó el presidente Piñera en momentos de gran desorden, en los cuales otras voces sugerían caminos alternativos. Los cuestionamientos de los sectores políticos que sustentaban a ese gobierno emergieron rápidamente. El autor los describe con la distancia que da el tiempo, a pesar de que estuvo en medio de la vorágine de esos días, reconociendo los impactos que ellos dejaban en él. Es muy difícil saberlo, pero quizás la decisión de optar por la alternativa elegida, tan cuestionada en ese entonces, ayuda a entender la posición expectante en que se encuentra el sector político que gobernaba en ese entonces para volver a La Moneda en 2026.

Este es un camino que no está exento de dificultades. La crisis de seguridad que enfrenta el país, el deficiente gobierno de una amplia coalición de izquierda que descansa en un soporte distinto al de la Nueva Mayoría y los cambios culturales, sociales y políticos que han ocurrido en otras latitudes y que indudablemente influyen en Chile, han ampliado el espacio político de la derecha. Con ello han emergido nuevos movimientos que compiten por la hegemonía del sector. No es solo Chile Vamos, sino también Republicanos y Nacional Libertarios. Ambos partidos con líderes que, a la fecha de estas palabras, marcan bien en las encuestas. Ambos constituyen, por distintas razones, una amenaza para el proyecto liberal que Hernán y las personas que lo han acompañado en esta aventura han intentado desplegar e incorporar en la derecha. Por cierto, son conscientes de que este sector político está constituido

por distintas vertientes. No aspiran, entonces, a incorporar en plenitud su agenda, pero sí a tener influencia. La realidad es que esta posibilidad ahora está en peligro. No en Chile Vamos, que ha aceptado su aporte, sino que los movimientos que están más allá en este eje tienen poco aprecio por sus ideas o las escogen muy selectivamente. El trabajo que se ha realizado para fortalecer el pensamiento liberal en este sector político, a pesar de los altos y bajos que ha tenido y lo debilitado que tal vez se encuentre en el momento actual, no puede, por tanto, quedar disminuido. Por ello, este libro también constituye un llamado a redoblar esfuerzos en la defensa de ese proyecto. También postula una agenda concreta y una forma de hacer política que permita fortalecerlo.

Su preocupación es atendible. La democracia liberal ha perdido apoyo. La evidencia más contundente es el surgimiento de nuevos autoritarismos que no renuncian a elecciones periódicas, pero que ejercen un férreo control sobre algunas libertades como las de expresión y anulan, a través de distintos medios, las actividades de la oposición, incluyendo la privación de las libertades de sus líderes. Por cierto, varias democracias siguen robustas y mantienen a raya las tendencias iliberales. Sin embargo, la experiencia de Estados Unidos sugiere que ninguna está libre de ese riesgo. Es muy posible que las fortalezas institucionales de Estados Unidos no permitan que se instale una democracia iliberal, pero los fenómenos que ahí se están observando son motivo de alarma. Esta realidad constituye para Hernán un enorme aliciente para seguir embarcado en la aventura de promover el pensamiento liberal y hacerlo pesar en la vida de los partidos; en particular desea seguir contribuyendo

al desarrollo de una derecha liberal que ha sufrido, por razones que explica en estas páginas, un desdibujamiento.

Las nuevas derechas ponen en riesgo un proyecto liberal por razones no muy distintas de las que ocurren en otras latitudes. El liberalismo, como es sabido, apunta a que las personas puedan desarrollar sus proyectos de vida con autonomía y sin interferencias externas. Los límites quedan definidos por las libertades de las otras personas. “Nadie ha de obligarme a ser feliz a su manera”, planteaba Kant. Sin embargo, esa posibilidad se resiente si no hay instituciones, reglas y normas que permitan que esos proyectos de vida tengan cabida. Por cierto, ellos también le ponen límites a las acciones que los gobernantes pueden hacer en democracia. En ese sentido, más allá del rol que juegan articulando el funcionamiento de sociedades complejas se constituyen en invenciones de la prudencia que posibilitan que la ciudadanía goce de garantías suficientes para perseguir sus objetivos sin interferencias o discriminaciones arbitrarias. Pero no siempre hay aprecio por esos marcos que constriñen el poder. Algunas derechas en el mundo no quieren dejar que sus acciones estén restringidas por ellos. Habitualmente se combina con dosis relevantes de populismo, particularmente si ese movimiento se posiciona al borde del espectro político. Es una mirada que también se encuentra en el otro extremo. Y puede dar origen, como bien indica Hernán, a una competencia populista. En el momento actual, diversos indicadores y encuestas sugieren que el espacio para el populismo de izquierda, a la luz de los acontecimientos del último lustro, está muy acotado.

En cambio, a propósito de la incomodidad que ha generado la inmigración en varios sectores de la población, el alto

temor a la delincuencia y la buena imagen en los votantes chilenos de figuras como el presidente de El Salvador, en la derecha hay posibilidades de tomar esa bandera. Algo de ello ha estado ocurriendo, pero este camino conduce a una “desinstitucionalización” que contradice severamente el proyecto liberal. El divorcio que pudiese existir entre la ciudadanía y el mundo político cree el liberalismo que se resuelve con reformas que mejoren la representación ciudadana, avancen en la igualdad política y promuevan mayor gobernabilidad. Pero oponer el pueblo virtuoso a una elite ensimismada o corrupta poco contribuye al desarrollo de las naciones y menos a la posibilidad de que las distintas personas puedan desarrollar sus proyectos de vida. En efecto, en estas circunstancias esas garantías tan necesarias para sostener la vida en común se deteriorarán, abriendo un espacio para la arbitrariedad y la intolerancia. En ese sentido, el autor está en lo correcto al insinuar que el auge del populismo es el principal desafío que enfrenta el proyecto liberal.

De modo similar, el liberalismo no comparte la idea de un Estado jugando un papel que no sea el de asegurar las libertades civiles y públicas, en la modelación de la vida de las personas que son parte de una comunidad política. Más bien se resiste a contestar esa antigua pregunta socrática “¿cómo se debería vivir?”, o promover lo que el autor de este libro llama, siguiendo a Kant, una vida buena. Esa amenaza, a propósito de la diversidad que ha emergido en la derecha, indudablemente que está presente. La tentación de conducir las vidas de los ciudadanos ha estado presente en la historia de los países. Por cierto, no es exclusiva de este sector político, pero es este, por distintas razones,

el que tiene más posibilidades en el momento actual de desplegar esa tentación.

Algunos pensarán que es ingenuo apelar al proyecto liberal para frenar estos riesgos. El deterioro en las libertades civiles y políticas que ha estado ocurriendo, de acuerdo con la ONG Freedom House, interrumpidamente desde 2005 sería responsabilidad del propio liberalismo, en particular por la poca consideración que este les dispensaría a proyectos colectivos o al cuidado de la sociedad civil. Los proyectos de vida no se pueden entender como un “emprendimiento” individual o circunscrito a un hogar o familia, sostienen los críticos. Desde sus orígenes, el ser humano ha vivido en comunidad y sus proyectos de vida han requerido de esos lazos recíprocos que se forjan en esas circunstancias. Esa posibilidad se habría perdido en las complejas sociedades modernas, en gran medida por el escepticismo con el que las democracias liberales han mirado esas comunidades. La política liberal ha buscado más bien, se dice, independizar a la persona de su “historia” para liberarlo de ataduras que restringirían sus proyectos de vida, pero en este proceso, quizás inadvertidamente, le han producido una crisis de sentido. La persona requiere finalmente “pertenecer” en una dimensión que trasciende la posibilidad de asociarse a distintas organizaciones de la sociedad civil que se multiplican en las democracias modernas. Ellas no son suficiente para darle una identidad o pertenencia.

Es una advertencia que no se puede desechar, más todavía en una sociedad como la nuestra, que se caracteriza por niveles de confianza interpersonales muy reducidos. Hernán lo tiene claro; de hecho, como confiesa en este libro, una

fuelle de inspiración en su aventura política fue el gobierno conservador británico, en particular, el libro *La Gran Sociedad*, de Jesse Norman, que apunta a entregarle a las comunidades y la sociedad civil una mayor participación en el diseño de las políticas públicas, en particular las sociales, como una forma de fortalecerlas en sus territorios. No es fácil de hacer y, en muchos aspectos, el libro de Norman es vago. Con todo, es recomendable ensayar este camino y no parece ser incompatible con una mirada liberal. Sin embargo, hay que tener claro que el argumento que cuestiona en esa dimensión al liberalismo, aunque plausible, no es evidente. Las democracias liberales siguen siendo las naciones donde las personas, en general, expresan mayores niveles de felicidad o bienestar. Esas emociones parecen contradictorias con la crisis de sentido a la que se vuelve reiteradamente.

Hay otras explicaciones plausibles para el fenómeno que estamos observando. El neurobiólogo de la Universidad de Stanford, Robert Sapolsky, ha ofrecido una explicación del comportamiento humano que puede ayudar a entender el fenómeno que describimos. Los seres humanos estaríamos evolutivamente programados para apenas en fracciones de segundo distinguir entre “ellos” y “nosotros”. Es algo que haríamos todo el tiempo y en distintos planos: desde el deporte hasta la política. Ahora bien, estas distinciones no son definitivas y tenderíamos a reagruparnos continuamente, pero en una comunidad más diversa esa fluidez puede lesionarse si no somos capaces de construir las instituciones y las reglas que posibiliten esa liquidez. Al mismo tiempo, si emergen instituciones que logran “fossilizar” el ellos y el nosotros, las posibilidades de afectar

negativamente la interacción entre las personas se expanden, porque quedaríamos enfrentados permanentemente en grupos antagónicos y nunca coincidiríamos en uno. El psicólogo social Jonathan Haidt ha sugerido que las redes sociales inadvertidamente han reducido la fluidez entre ellos y nosotros. Ello habría ocurrido porque éstas terminan promoviendo nuestras personalidades más moralistas y menos reflexivas, incrementado los volúmenes de indignación y promoviendo una polarización afectiva inesperada. Directa o indirectamente hemos sido testigos de cómo la política usa habitualmente las redes sociales para instalar un único ellos y un único nosotros.

A eso se une el hecho de que estamos viviendo un mundo de cambios vertiginosos que combina fenómenos nuevos —las innovaciones disruptivas continuas, los profundos cambios sociales y culturales— con otros antiguos —las plagas y las guerras. Hay más incertidumbre en estas circunstancias y, por tanto, el resultado de las interacciones que se producirán a partir de estas realidades es difícil de anticipar y complicado de moldear. Algunas convicciones ampliamente compartidas parecen, en estas circunstancias, diluirse. Así, hasta hace no muy poco estábamos convencidos de que negar la posición de ciudadanos particulares como integrantes libres e iguales de la polis era imposible. Sabíamos que, si ese principio se incumplía, la democracia corría el riesgo de fracturarse. Actualmente esa aproximación no es evidente. Necesitamos, entonces, recordar con más frecuencia ese ideal. En particular, tenemos que postular una y otra vez la necesidad de sociedades plurales en que las personas puedan llevar adelante sus proyectos de vida con un grado razonable de autonomía. La verdad

es que creer que puede haber modos de vida superiores a otros es incompatible con la realidad de democracias modernas y abiertas. Por supuesto, ello no significa eliminar las tensiones entre los distintos modos de vida. Ellas prevalecen porque, siguiendo a Isaiah Berlin, tienen mucho que ver con ordenamientos distintos de valores que son inconmensurables y, por tanto, incomparables entre sí. No hay una manera razonable de compatibilizarlos en un único orden específico. La solución en democracia de estas tensiones no significa imponer un ordenamiento de valores único, sino que legislar para reducir las barreras que impiden que todos los órdenes puedan expresarse sin sentirse amenazados. Este es un enorme desafío para todas las democracias y la nuestra no es una excepción.

Pareciera, sin embargo, como señalábamos más arriba, que estamos fracasando en este objetivo. Qué lejano nos parece ese momento en que la bienvenida del 2000 se celebraba con gran optimismo. El futuro se veía lleno de oportunidades y libertades. Después de todo, ese año las democracias en el mundo sumaban 98, que se comparaban favorablemente con los 80 países aún controlados por líderes totalitarios. La globalización, el progreso económico y la expansión de las tecnologías de la información parecían augurar que esa tendencia sólo se acrecentaría. Pocos años transcurrieron para que las campanas de alerta comenzaran a tañer. En la actualidad, el número de democracias serían 87 y los regímenes autoritarios 92. Pero en esto también hay cambios profundos. Como insinuábamos anteriormente, la gran mayoría de los nuevos autoritarismos no están basados en el miedo o en el uso abundante de la fuerza para mantener el control político. En la mayoría de ellos

hay elecciones periódicas e incluso hay espacio para la libertad de expresión.

En un interesante libro reciente —*The Spin Dictators*— los profesores Sergei Guriev y Daniel Treisman realizan un extenso estudio de las nuevas formas que utilizan los autócratas modernos para monopolizar el poder político de las naciones que les toca gobernar. Los ejemplos que reflejan en su forma más pura estos nuevos liderazgos serían Viktor Orbán y Lee Hsien Hong, primeros ministros de Hungría y Singapur, respectivamente. La clave de su actuación no está en aterrorizar a los ciudadanos, como siguen haciendo los dictadores tradicionales, sino en “moldear sus creencias sobre el mundo” (...) “En lugar de represión dura, los nuevos dictadores manipulan la información.” ¡Tuercen las noticias para “construir” apoyo! Y así se presentan periódicamente a elecciones, en las cuales hay opositores, para darle una apariencia democrática a sus gobiernos. No es casualidad que, en algún momento, un importante asesor de Putin llamase a las elecciones “operaciones especiales con el uso de tecnologías de los medios”. El libro de Guriev y Treisman es una exposición e investigación acuciosa de esas tecnologías y cómo ellas son utilizadas para manipular a los votantes. El éxito de estos nuevos autoritarismos es tal que, si en 1970 el 60 por ciento de estos descansaban en el terror, en la actualidad menos del 20 por ciento descansaría en ese instrumento. En cambio, un 58 por ciento corresponderían a este nuevo enfoque (el resto serían autoritarismos híbridos). Ahora bien, ¿por qué no hay más democracias que sucumben a esta tendencia? Los autores de *The Spin Dictators* creen que ahí donde hay “informados” existen más garantías de

protección de las democracias. Las más modernas han ido creando ecosistemas ricos en información con suficientes talentos y conocimientos específicos que pueden reportar los abusos y manipulaciones que se intentan imponer sobre la ciudadanía. Desarrollar estos ecosistemas resulta una necesidad imprescindible en el mundo actual. Pero no parece suficiente. El desafío es más amplio y supone reflexionar sobre el significado de cultivar normas e instituciones que permitan que los ciudadanos puedan convivir pacíficamente y sin amenazas a sus libertades en sociedades que son cada vez más diversas, pero que por diversas razones está limitada en el reconocimiento de esas diferencias. Es este el gran experimento, para usar las palabras del politólogo Yasha Mounk, al que están sometidas las democracias actuales y no es evidente que estén saliendo airoso de él.

Las democracias exitosas tendrían en común tres factores fundamentales: capital social, instituciones fuertes e historias compartidas. Estos tres pilares se habrían debilitado por las razones antes expuestas y la necesidad de repararlos parece prioritario. El proyecto que se trae Hernán entre manos apunta precisamente en esa dirección. Está pensando en las instituciones, reglas y normas que posibiliten asegurar una democracia más exitosa para Chile. El sueño del país desarrollado es algo que parece haberse quedado rezagado. Es posiblemente el gran proyecto colectivo para el país y una propuesta que retome y perfeccione la agenda liberal puede contribuir mucho a impulsar ese sueño compartido. El autor, entonces, apunta en la dirección correcta. Los cuatro ejes que deberían alimentar esta aspiración pueden resumirse como sigue: la expansión de la economía,

un sistema democrático que refleje las preferencias de la ciudadanía y que se acerque a satisfacer el ideal de igualdad política, la extensión de derechos y oportunidades a todos los grupos sociales y un Estado que descansa en el mérito y es capaz de lograr un funcionamiento profesional y efectivo. Es indudable que el desarrollo de estos ejes y, por consiguiente, del país, requieren de la existencia de un estado de derecho que resguarde las libertades civiles y políticas y limite el poder del Estado, entre otros aspectos. En todas estas dimensiones, Hernán ha aportado desde las distintas posiciones que ha ocupado en los últimos años.

Algunas ideas que promueve en este libro son indicativas de ello y las dota de un paraguas. En efecto, quiere “revitalizar el liberalismo como una fuerza transformadora capaz de desafiar los poderes establecidos cuando estos frenan la competencia, la innovación y el progreso social”. Es interesante, a propósito de las dificultades que han existido en los últimos años para coordinar los poderes Ejecutivo y Legislativo, cómo el autor considera que “la búsqueda de acuerdos es radical, en los tiempos en los cuales los políticos actúan como jefes de barra, cómodos en sus respectivas tribus, encerrados en sus cámaras de resonancia, sabiendo que basta atizar el odio de los propios contra los adversarios para ganar la próxima elección”. Al mismo tiempo, en su proyecto quiere más meritocracia, a pesar de que la idea se ha desacreditado, argumentando, con mucha liviandad, que ella finalmente descansa no tanto en los méritos como en el capital cultural de quienes la esgrimen. Son ejemplo, entre otros, de nadar contra la corriente y ahí que lo llame un liberalismo radical. Sin embargo, defiende con un cúmulo de antecedentes la razón de por qué un proyecto político

de estas características tiene posibilidades de levantarse en Chile. Refleja, al final del día, una confianza en que las ideas pueden hacerse paso entre los ciudadanos si son bien argumentadas y defendidas con pasión y razón. En política los liderazgos son fundamentales para convocar a los ciudadanos detrás de un proyecto. Durante mucho tiempo, los líderes políticos han sido más bien reactivos, intentando acomodarse a lo que creen que demandan los ciudadanos. Pero la política también debe guiar y eso a menudo no está presente. No es raro, entonces, que Chile sea, según se desprende de la Encuesta Latinobarómetro, el país donde una menor proporción de la población se identifica con los partidos, a pesar de ser el que tiene el mayor número de ellos. Esta verdadera paradoja seguramente está influida por la percepción de partidos que se acomodan antes que preferir liderar una agenda. Esa es la invitación que nos hace Hernán y por eso estamos frente a un libro muy bienvenido.

Hay una razón que creo fundamental para promover una agenda como la que nos propone Hernán. Samuel Huntington hace casi sesenta años y Francis Fukuyama, uno de sus discípulos más aventajados, hace poco más de una década nos recordaron como los órdenes políticos, en particular las instituciones políticas, pueden decaer, aun después de convertirse en democracias consolidadas y con un ingreso per cápita suficientemente alto. Huntington, en particular, ponía énfasis en que la modernización socioeconómica promovía la movilización de nuevos grupos sociales cuya participación no podría ser acomodada por las instituciones políticas existentes (¿suena conocido?). Este

hecho generaba un decaimiento del orden político existente y tornaba más difícil el funcionamiento de la democracia. Fukuyama, por su parte, sugiere que hasta cierto punto este decaimiento puede ser necesario para lograr un mayor progreso político, en el sentido de ampliar la participación de los distintos grupos sociales en nuestro sistema político.

Por supuesto, la transición puede ser extraordinariamente caótica e incluso violenta. Este último aspecto parece haberse evitado en Chile, pero el caos no ha estado del todo ausente. Con todo, seguimos teniendo un problema de representación. Además, si revisamos los cuatro ejes que mencionamos como fuente de desarrollo los otros tres presentan un decaimiento. Chile está creciendo poco y de hecho dejó de converger en ingreso per cápita con los países ricos a partir de 2014, a pesar de haberlo hecho durante todo el periodo, más allá de unos pocos años, comprendido entre 1985 y 2013. Es más, está divergiendo. La igualdad de oportunidades tampoco presenta mayores cambios. Las brechas en acceso a universidades y carreras más selectivas, por ejemplo, parecen haberse elevado levemente. Por último, el Estado no es más profesional y efectivo que hace una década. El indicador de efectividad gubernamental del Banco Mundial sugiere más bien un retroceso. Son todos signos de un decaimiento político y de una transición más bien traumática y detenida hacia un nuevo estado de desarrollo. Por supuesto, ningún orden político se puede sostener con inseguridad ciudadana. Reducirla en un gran desafío para el proyecto liberal que promueve Hernán. Su invitación es también una oportunidad para superar esta realidad y colocarnos de nuevo en una senda de avance hacia

el desarrollo. Debemos, entonces, más allá de los matices a celebrar este proyecto político que muy lúcidamente se nos propone en estas páginas.

HARALD BEYER